

“Iglesia me llamo”: realidad y ficción en los alias criminales del Siglo de Oro

“Iglesia me llamo”: Reality and Fiction in the Criminal Aliases of the Golden Age

TED BERGMAN

Department of Spanish, School of Modern Languages
University of St Andrews
Buchanan Building, Union Street
St Andrews, Fife KY16 9PH, Scotland, UK
tb59@st-andrews.ac.uk

RECIBIDO: 29 DE DICIEMBRE DE 2013
ACEPTADO: 12 DE MARZO DE 2014

Resumen: Este estudio tiene el propósito combinado de anunciar de nuevo un rico caudal de datos sobre los numerosos apodos criminales del siglo XVII y demostrar que la creatividad y hasta exageración patentes en los apodos reales no son menores que las de las creaciones literarias de los autores de la época. A veces, hasta la realidad es más extraña que la ficción, como suele decirse en inglés. Será este artículo una invitación a volver a las fuentes para intentar librarnos de encadenamientos circulares de citas encontradas en ediciones modernas de comedias, poemas y novelas del Siglo de Oro. Estos encadenamientos pueden atraparnos sin que podamos averiguar si lo que leemos en una obra es pura ficción, inspirada por algo real, o informe sobre una realidad indiscutible. Es importante notar que, como mis predecesores, no he intentado hacer una lista exhaustiva de apodos y su sentido, sino ofrecer unos ejemplos que pertenecen a unas tendencias particulares.

Palabras clave: Apodos. Criminales. Hampa. Germanía. Archivo Histórico Nacional.

Abstract: This study has both the purpose of re-introducing scholars to a rich trove of information about many criminal nicknames from the seventeenth century and the purpose of demonstrating that the creativity, and even exaggeration, present in the real nicknames are no less than those of the era's author's literary creations. At times truth is stranger than fiction, as the old saying goes. This article will be an invitation to return to the source in order to free ourselves from circular chains of association based on citations found in modern editions of *comedias*, poems, and novels from the Golden Age. These associations can trap us and impede us from verifying if what we are reading in a work is pure fiction, inspired by something real, or information from an undeniable reality. It is important to note that, as with my predecessors, I have not attempted to make an exhaustive list, but rather offer to some examples that belong to particular tendencies.

Keywords: Nicknames. Criminals. Underworld. Thieves' cant. Archivo Histórico Nacional.

En 1899 Juan Pérez de Guzmán publica un estudio dividido en tres partes para la revista *España moderna*, el cual contiene una sección titulada “Progresión de la criminalidad en Madrid: costumbres que se corrompen. El Mazonismo del crimen. Apodos y Tatuage [*sic*]”. Los sobredichos “apodos” tratan de muchos encausados en el *Inventario general de causas criminales de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, un listado del siglo XVIII referente a causas principalmente de ese siglo y del anterior, con unas, aunque pocas, del siglo XVI. Los papeles de los procesos mismos anteriores a 1700 fueron vendidos en el siglo XIX y así solo nos quedan unas descripciones escuetas de los delitos y de los involucrados (Vignau 28). Pérez de Guzmán hizo un extracto abreviado de los apodos que encontraba, incluyendo el nombre original de cada persona, pero no dio ningún indicio de cómo uno podía volver a encontrar la entrada en los archivos. Un año antes, Vicente Vignau y Ballester había usado el *Inventario* para citar una serie de casos (incluso el famoso de Lope de Vega por las sátiras) sin detenerse en los alias, y aunque incluyó el año y la naturaleza del delito (algo que no haría Pérez de Guzmán) tampoco pensó mucho en ayudar a futuros investigadores al proporcionar los números de los folios (87). Un cuarto de siglo después, Quintiliano Saldaña vuelve a hacer una lista propia usando el *Inventario*, intentando categorizar los tipos de apodos y ofrecer explicaciones de unos términos cuyo significado podría ser oscurecido por el transcurso de los siglos. Los investigadores, principalmente historiadores, siguen minando los documentos del *Inventario* en busca de datos muy valiosos; y es a través de ellos que los que se dedican a los estudios literarios pueden ahondar en la verdadera hampa del Siglo de Oro, no solo tal como se encuentra de forma pintoresca por Cervantes o Quevedo. Aunque existen estudios más recientes a su modo comprensivos, como el de Villalba Pérez, lo que falta es una edición, aunque fuera nada más que diplomática, del *Inventario*. Mientras tanto se tendrán que presentar vislumbres, o aprovechar los que hayan sido detectados por otros, y esto es lo que se pretende hacer aquí. Este estudio tiene dos propósitos. Uno es anunciar la presencia de este caudal y demostrar su utilidad para cualquier persona que estudia la relación entre sociedad y literatura en el Siglo de Oro. El otro es lanzar la hipótesis de que entre las exageraciones y distorsiones que pudiera haber en las representaciones ficticias del hampa de aquella época no figuran los apodos criminales como fenómeno exagerado. Mientras debatimos si la organización criminal sevillana que tenía Monipodio en *Rinconete y Cortadillo* era algo verosímil o no, cualquier sobrenombre que inventara Cervantes (Monipodio, Trampa-

gos, Juan Palomeque el Zurdo, La Mostrenca, etc.) no podría exceder en su rareza a los alias del *Inventario*. A veces, hasta la realidad es más extraña que la ficción, como suele decirse en inglés. En fin, este estudio es una invitación a volver a las fuentes para intentar librarnos de encadenamientos circulares de citas que a veces nos atrapan sin poder averiguar si lo que leemos en una novela o en una comedia es pura ficción, inspirada por algo real, o informe sobre una realidad indiscutible. Es importante notar que, como mis predecesores, no he intentado hacer una lista exhaustiva, sino ofrecer unos ejemplos que pertenecen a unas tendencias particulares.

ALIAS RELACIONADOS CON LOS ANIMALES

GATO. Nombre compartido por varios encausados del *Inventario* mencionado arriba. Entre ellos se encuentran: “Francisco Romero, alias Gato: sobre la muerte de Alonso Rodríguez” (1585, Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos¹, Libro 2783, f. 61v). En otra causa, un compañero de un tal Pachón era “Pedro, alias el Gato” encausado “por quebrar las mesas, y hacer otros daños en la Plaza” (1652, AHN, SC, Libro 2786, f. 102r-v). Por fin, tenemos a varios hombres y mujeres de un bando que incluye a “Juan Gutiérrez, el Gato [...] sobre la muerte de Tomás Díaz, soldado de la Guardia” (1673, AHN, SC, Libro 2786, f. 288r). Las dos definiciones más comunes del término “gato” en el hampa son una más general de “talego” y otra más hampesca de “ladrón”. *Autoridades* incluye un fragmento de un romance de Quevedo para apoyar la segunda definición, “se toma asimismo por el ladrón ratero, que hurta con astucia y engaño”. Esta idea también está en Covarrubias, que en su *Tesoro* escribe: “Gatos llaman a los ladrones rateros”. Se notará en las citas de las causas criminales mencionadas arriba que estos “gatos” no fueron prendidos por su “astucia y engaño” sino por ser violentos y hasta asesinos. De esa manera, habría otras razones para tildar a alguien de “gato”, más allá de ser ladrón, pero el motivo exacto del nombramiento en cada caso sigue siendo desconocido. Además, el *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro* no tiene definición que se pueda usar para una explicación alternativa. No se ha podido encontrar ningún criminal en la literatura del Siglo de Oro que tuviera el apodo de “El Gato” antecedido por el artículo, y así parece que “gato” más bien se trata

1. En adelante las referencias al Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos, se abrevian como: AHN, SC.

de una acusación de tener el vicio de robar –entre varios– en vez de que el apodo indique una actividad que constantemente ocupe a la persona. Una cita del capítulo 2 de *El Buscón* nos indica que aunque un ladrón ratero podría intentar robar a escondidas, no necesariamente escapaba de la mala fama y tal pueda ser el caso de los encausados arriba. Sencillamente no eran tan discretos como debían ser: “otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Unos me decían «zape» cuando pasaba y otros «miz»” (Quevedo 1987, 91-92). Dada la mucha ironía usada en el vocabulario germanesco, es completamente lógico pensar que tal vez los “gatos” ladrones previamente citados quedaban identificados doblemente como objetos de mofa, al ser ellos algo ineptos entre los de su profesión (para más sobre el uso de “gato” en Quevedo, ver Castro).

CONEJO. Nombre compartido por varios encausados. Entre ellos se encuentran: “Juan González [acompañado por un tal “Fungano”], alias Conejo, por Hurto (1652, AHN, SC, AHN, SC, Libro 2786, f. 28r); “Esteban Ruiz, alias conejo: por hurto” (1673, AHN, SC, Libro 2786, f. 287r). También se encuentra en grupo, con varios otros apodados, a “Juan Garrido, alias Pata Conejo: por escalamientos y hurtos” (1670, AHN, SC, Libro 2786, f. 234r). Hay un “Domingo Conejo” (1660, AHN, SC, Libro 2786, f. 125v-26r), miembro de un bando acusado de “resistencia y heridas”, pero debe ser un apellido y no un alias. De “conejo” no tenemos noticia suficiente en la literatura hampesca para intentar precisar una definición, aunque *Autoridades* explica que el término para conejo joven, “gazapo”, “vale también pícaro disimulado”. Además, el apodo de “conejo” se usa para personas que compartían las características sobresalientes de los conejos de ser tímidos y nerviosos. No se ha encontrado ejemplo de apodo criminal ficticio en la literatura de la época, aunque, como es de esperar, Quevedo emplea el término en su juego de palabras infinito, aquí en dos jácara. En el romance criminal “Villagrán refiere sucesos suyos, y de Cardoncha” (Hill, XXXIX), el narrador habla de unos “jayanes” que son “Rodriguitos de Vivar / por conejos, no por obras”. El juego está en “vivar”, que *Autoridades* aclara: “Dícese particularmente del sitio cavernoso, o cuevecilla de los conejos”. En el romance “Allá vas jacarandina” se leen los versos: “Yo seré amante casero, / como conejo...”. Ambos casos parecen indicar que la persona prefiere esquivar los peligros severos, aunque se jacte de valentón, apoyando la idea de que ser “conejo” es ser cobarde. Lo cierto es que el sinónimo “liebre”, aunque no aparece en el inventario, sí aparece en la literatura

como apodo, entre muchas otras metáforas para los que confesaban al enfrentarse con el tormento.

Sufría el desprecio de todos su “colegas” por la cobardía, por ser *gallina*, *liebre*, *lebrón*, *oveja*, *nacido en Guinea*, por *hacer ademán*, *tener espalda mollar*, *ser muertecita de mosca*, *calcillas* (Quevedo), *archigallina de gallinas* (Estepanillo González)... (Hernández Alonso-Sanz Alonso 147)

LA MONA. Alias de Manuel Fernández (1670, AHN, SC, Libro 2786, f. 234r), de la misma causa que “Pata Conejo”, mencionado arriba. El alias viene con toda probabilidad de la definición que nos ofrece *Autoridades*: “En estilo jocoso y familiar se llama la embriaguez o borrachera”. Hasta en la “noche tercera” de *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas Hidalgo se encuentra una conversación relativamente extensa sobre cómo y por qué se usa esta palabra para apodar a los borrachos en sus varios estados de embriaguez. El *Léxico del marginalismo* concuerda con esa definición.

EL TORILLO. Alias de Pedro González (1671, AHN, SC, Libro 2786 f. 250v), “sobre la muerte de Pedro Álvarez”. La asociación más común de la época con apodarse “toro” o algo parecido sería la de “cornudo”, (es decir tener “cuernos”) tal como explicaría el *Léxico del marginalismo* como cualquier diccionario moderno corriente, pero también *Autoridades* nos cuenta que “torillo” vale tanto como “torete” para decir “el toro pequeño, vivo, y alegre, novillejo”. Si se toma el descriptor “vivo y alegre” con ironía para significar a alguien con temperamento violento, entonces “torillo” cuadra bastante bien con el encausado arriba, fuera cornudo o no. Lo que da más peso a esta interpretación es la figura de una jácara que empieza con los versos siguientes: “Torote el de Andalucía / aquel jayán cuya espada / tiene ya de puro vieja / gastadas todas las marcas” (Hill, XCVII). De un “torillo” hampesco en la literatura no se ha encontrado noticia.

ALIAS RELACIONADOS CON LAS SEÑALES CORPORALES

EL RUBIO. Alias de Francisco Muñoz (1589, AHN, SC, Libro 2783, f. 142) con tres más, ellos sin alias, “por ladrones”. Hay otras causas que nombran a personas de apellido “Rubio”, y aunque uno de ellos tiene alias (“Rompe esquinas”, mencionado abajo), solo se ha encontrado un “El Rubio”. Parece que ningún

autor de la época decidió nombrar a uno de sus rufianes o ladrones así, pero Rubio puede equivaler a pelirrojo, aunque se usaba más el término “bermejo”. Este rasgo es muy negativo y muy reiterado en la época (Arellano 258n).

EL PELADO. Alias que tenían varios. Pedro Delgado (1616, AHN, SC, Libro 2784, f. 390r), encausado con otros cuatro “por cuatreros”. Martín el Pelado (1629, AHN, SC, Libro 2785, f. 421r) con cuatro más, uno de ellos “El cleriguín” (ver abajo) “por resistencia y heridas”. Alias de Juan Covarrubias (1657, AHN, SC, Libro 2786, f. 116v), con cuatro otros, uno de alias “Botilla”, “por Ladrones escaladores de casas”. El apodo de Pedro Delgado debe tener algo que ver con la rima que hacía el apellido, pero “pelado” (una designación que todavía se usa hoy) también podría significar lo mismo que “pelón”; según *Autoridades*, “metafóricamente se dice del que no tiene medios ni caudal: y también del que es miserable y cuitado”. Eso se muestra en una jácara que contiene los versos siguientes: “Fui criado de un pelón, / de quien pelado esté el cuerpo” (Hill, LXXXVIII). Aunque en la literatura de la época no se encuentra el sobrenombre “pelado” tan asociado con el clero, otras expresiones como “rapado” y “motilón” sí están. Tal vez haya habido una conexión entre “El pelado” y “El cleriguín” del mismo bando. Otra posibilidad para “pelado” es la de referirse a alguien que sufre sífilis, como se explica al principio de *La pícaro Justina*. Con las explicaciones distintas, todas verosímiles, poco se puede decir sobre los “pelados” encausados citados arriba, más allá del hecho de que no tenían pelo o tenían muy poco.

EL COJO. Alias de Diego (1625, AHN, SC, Libro 2785, f. 309r) que junto con “Juan Alonso, alias el Morillo” (ver abajo) fue encausado “sobre hurto”. La única aclaración que se podría añadir es que ser cojo puede venir de haber sufrido el tormento, de la misma manera que Schwartz Lerner y Arellano señalan para la palabra “gafo” en sus notas para *Carta de la Perala a Lampuga su rufián*, de Quevedo (1989, 365). Tal vez no haya figuras literarias del siglo XVII que lleven tal apodo, pero sí encontramos una que es bastante conocida del siglo XVI temprano: Traso el Cojo, cuyo nombre aparece en el acto XVIII de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* (hoy titulada *Celestina*), cuando Centurio menciona que necesita a alguien para “dar un repiquete de broquel a manera de levada” (XVIII, 368). Este personaje, solo mencionado de paso en la primera versión de la *Tragicomedia*, cobra mucho más sentido gracias a un autor de apellido Sanabria, cuyo “auto de Traso” se incluyó en por lo menos cuatro ediciones que siguieron a la versión original de Fernando de Rojas (Hook 107).

EL CIEGO. Alias de Juan Fernández (1640, AHN, SC, Libro 2786, f. 55v), encausado “por ladrón, y resistencia”. No hay otro significado patente para este apodo. Lo más probable es que realmente fuese ciego, o que lo fingía como maña para robar. Esta estafa preocupaba a Cristóbal Pérez de Herrera, según lo expresa en sus *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*. Podría tratarse de ciegos fingidos que iban,

imponiendo y enseñando con ejemplos fingidos a los ignorantes y mal inclinados, cosas de que les resulta atrevimiento, por la materia que estos dan para cometer semejantes delitos a los que ellos cantan; y juntándose mucha gente a oírlos. ser causa de muchos hurtos, cortándose bolsas... (16v-17r)

Si exceptuamos al ciego del *Lazarillo de Tormes*, que no era ladrón ni matón, es difícil encontrar ciegos hampescos en la literatura.

EL TUERTO. Es alias o apodo de por lo menos tres hombres en el *Inventario*. Diego el Tuerto (1616, AHN, SC, Libro 2784, f. 364r-v) fue encausado con nueve más, incluyendo a Antonio García el Zurdo (mencionado abajo) “sobre varios excesos”, Pedro de Orozco (1616, AHN, SC, Libro 2784, f. 366r) y dos más fueron prendidos “sobre heridas” y Marcos Rodríguez el Tuerto (1681, AHN, SC, AHN, SC, Libro 2786, f. 419r) fue uno entre siete “guardas de sillones [encausados] sobre la muerte de Juan de Pineda, vecino de Alcázar de San Juan”. En el “auto” agregado a la *Celestina* citado para “El Cojo” arriba, Centurio menciona a un “Cremón el Tuerto” en su conversación con “Traso el Cojo”. El narrador de *Don Quijote*, al describir el ambiente bastante hampesco de la primera venta que visita el protagonista, nos habla de Maritornes, “del un ojo tuerta, y del otro no muy sana” (I, 16). En sus andanzas por los bajos fondos, Pablos de *El Buscón* encuentra a un encarcelado por “puto”, descrito como “un mozo tuerto, alto, abigotado, mohíno de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas (III, 4). Más tarde en la novela, cuando Pablos se junta con unos valentones de verdad, aprende que van de caza de corchetes para vengar la muerte de un tal Alonso Álvarez, al cual los criminales le llaman “el pobre tuerto” (III, 10). En el caso de los “ciegos” es posible que uno se finja tuerto, de la manera que lo hace el “padrino” de Juanillo el de Provincia en el “Discurso Primero” de la novela picaresca *Día y noche de Madrid* de Francisco Santos.

EL CHAPARRO. Alias de Francisco López (1653, AHN, SC, Libro 2786, f. 105v) con unos siete más, todos sin alias, encausados “por cuestión y heridas”. Debe referirse a la estatura del encausado, y es apodo muy parecido a uno que todavía se emplea entre los narcotraficantes mexicanos como “El Chapo” Joaquín Guzmán Loera, jefe fugitivo del cartel de Sinaloa. Un Chaparro se cita en una jácara anónima (Hill C), junto con otros jaques más conocidos, por lo menos en el género de los romances, como son el Ñarro y el Afanador. Aunque puede ser apellido, y no apodo, se sabe de un maleante llamado Juan Chaparro en el *Entremés de los gitanos* de Jerónimo de Cáncer y Velasco. Cuando el ciego Osorio le pregunta a Manuela, “¿De ahorcado qué tenemos? / ¿hay alguno de esperanzas?”, ella responde: “Sólo a Juan Chaparro tengo”. Osorio, agradecido, dice: “Cuidado con avisarme / porque en mis coplas, a tiempo / cante su vida” (*Autos* 219).

LA MAL DEGOLLADA. Alias de Doña Águeda de Mesa (1671, AHN, SC, Libro 2786, f. 241r), encausada “por amancebamiento, y muerte alevosa de don Francisco de Méndola”. Todos los posibles significados de la palabra “degollado” apuntan hacia su sentido más común, y así es difícil saber exactamente por qué doña Águeda de Mesa podría ser la “mal degollada”. Aun con un alias tan sugestivo, el *Léxico del marginalismo* no ofrece ninguna explicación. Así, el misterio queda sin resolver si no recorremos a una anécdota contada por don Justino Matute y Gaviria en sus *Noticias relativas a la historia de Sevilla que no constan en sus anales*. Una mujer acusada de adúltera se salva de la pena de muerte (un aprieto en sí no tan verosímil, según mi juicio) por la intervención de unos frailes (105). Entonces será posible, aunque no tan probable, que doña Águeda se salvara de una ejecución de una manera similar, ya que las leyes admitían que el marido matase a la adúltera si la sorprendía *in flagranti* y también que desempeñase el papel de verdugo una vez que hubiese una condena judicial (ver Galván, con las fuentes que allí se citan). En el *Romance de la descripción de la vida airada*, se cita a una “Inés Maldegollada”, pero sin ningún detalle sobre cómo consiguió su apodo (Hill, XXIX). La misma “Inés la Maldegollada”, está en una lista de bailes escandalosos personificados (en la tradición del famoso *Escarramán*) en el *Baile de los cortes* de Quevedo. En una jácara de Quevedo se leen los versos: “¡Quien vio la Maldegollada / rodeada de lampiños / cobrar el maravedí / después de los dos cuartillos!” (XLII).

EL MANCO. Alias de Pedro Maldonado (1671, AHN, SC, Libro 2786, f. 241v-42v) que junto con Diego de la Torre fue encausado “sobre la muerte de Albano Hernández”. Este apodo no presenta ningún misterio pero vale recordar que puede tener su origen (como “cojo”) en el tormento sufrido por el encausado. En la “Carta de Escarramán a la Méndez”, de Quevedo, se leen los versos siguientes: “Hallé adentro a Cardeñoso / hombre de buena verdad, / manco de tocar las cuerdas, / donde no quiso cantar”. El romance LVII de la colección de Hill empieza con los versos siguientes: “A el Manquillo de San Lúcar, / registrador de pasajes, / por hacer a otros espaldas / las suyas mismas deshacen”. En el resto de esta jácara se llama simplemente “El Manco”.

EL ZURDO. El de la misma causa (1616, AHN, SC, Libro 2784, f. 364r-v) del “Tuerto” citado arriba. Hoy día puede ser difícil contemplar que ser zurdo sea un “defecto”, pero no hay que olvidar la idea de lo “sinistro”. Otto Venio (Otto van Veen) lamenta esta superstición atávica cuando escribe: “lástima es ver cuán miserables reliquias han quedado, entre nosotros, como derramarse la sal; romperse el espejo; poner el candelero, con luz en el suelo; encontrarse con un zurdo al salir de casa...” (15). Por metonimia se puede especular que tal vez fuera “mala suerte”, un tipo de peligro, encontrarse con estos criminales apodados así. En la introducción, ya se mencionó a Juan Palomeque el Zurdo, el ventero astuto de la primera parte de *Don Quijote*. Las jácaras del Siglo de Oro celebran a un “Zurdillo” particular, El Zurdillo de la Costa (Hill, LVIII, LIX, LXIII, LXIV, y LXXVIII). Luego sale Zurdillo, sin “la costa”, en dos jácaras de esta misma edición moderna (LXXIV y XCVIII [variante]), hay un “Zurdo de Talavera” (LX) y dos menciones de “Zurdo” (LXXVI, XCIII). Aunque vienen todos estos ejemplos de romances, son tantos que es casi imposible pensar que no fueran inspirados en parte por una realidad circundante en la cual andaban varios “Zurdos” criminales.

ALIAS EXPLÍCITO DE VALENTÓN

BUSCA RUIDOS. Alias de Baltasar de la Calle (1595, AHN, SC, Libro 2783, f. 269r), junto con otro, encausado “por cuestión y heridas”. Aparece en otra causa con su alias (1597, AHN, SC, Libro 2783, f. 303v), acompañado por un tal Miguel Sánchez, portero de vara, “sobre herida”. Aquí “ruido” vale como “sin-sabor”. Según *Autoridades*, explica el envés negativo del dicho “Quien busca halla”. También puede aludirse a un cohete, según han notado Alonso Asenjo y

Madroñal en su edición de *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas Hidalgo (139-40). También citan ellos, en la misma edición, el juego de palabras entre las dos definiciones encontradas en *La pícaro Justina*: “Según vuestro tío era de urgandilla y amigo de husmearlo todo, y según era cohete y busca ruido como su sobrino, y según era amigo de verlo y escudriñarlo todo sin parar en ninguna parte, imagino que, si posible fuera salirse las gentes del cielo, no le pudieran detener allá” (140). La jácara que empieza, “Oíd, ganchos de la hampa...”, en su lista de epítetos criminales, nombra “al fiscal buscaruido” (Hill, LXXXVIII). El *Inventario general de causas criminales* está repleto de oficiales menores (alcaldes, alguaciles, escribanos, etc.) encausados. Si el tal Miguel Sánchez de la causa que se acaba de citar era “portero de vara”, cabe la posibilidad de que “Busca Ruidos” tuviera algún cargo menor sin que se mencione, o que por lo menos él sirviera para defender, tal vez con armas, a su compañero corrupto. En *El desafío de Carlos Quinto* de Rojas Zorrilla, hay un personaje de apodo similar, “Buscaruido”, que se queja de una “hermafrodita” que lo persigue y lo imita, una marimacho llamada Mari Bernardo. La imitación incluye ser pendenciera, ya que Buscaruido dice en la primera jornada que: “De tal manera me inquieta / que todo cuanto hago, quiere / hacer lo mismo por fuerza. / Si con alguno peleo, / ella riñe mi pendencia” (Rojas Zorrilla 409). Esto confirma el uso de la palabra para describir a algún tipo de valentón.

ROMPE ESQUINAS. Alias de Francisco Rubio (1664, AHN, SC, Libro 2786, f. 157r), muerto mencionado en la causa de “La Viudilla” mencionada abajo. *Autoridades* no deja lugar a dudas en cuanto a lo hampesco, ya que explica que es “el valentón que está siempre de planta a las esquinas de las calles, como en espera. Úsase por apodo en el estilo familiar”. Esta costumbre de esperar en las esquinas realmente podría considerarse común, como nos indica la crítica que hace Luisa Maria de Padilla Manrique y Acuña, la Condesa de Aranda, contra reclutar a supuestos hombres valientes de la calle (743). Es un término que llega a usarse como apodo para personajes literarios en los siglos XVIII y XIX, pero todavía no se ha encontrado un ejemplo del Siglo de Oro.

MALA ENTRAÑA. Alias de Juan Fernández (1609, AHN, SC, Libro 2784, f. 130r), encausado “por cuchilladas”. Aquí tampoco hay duda, aunque es singular, porque sería lo mismo que “ser de malas entrañas”, o “ser malévolo y vengativo”, según *Autoridades*. Aun con un nombre que se prestaría tan fácilmente a un valentón ficticio, no se ha encontrado ningún ejemplo concreto todavía.

Por otro lado, la expresión “malas entrañas”, como tacha para malhechores, se lee en varios sermonarios del siglo XVII.

MALA ALMA. Alias de Juan Fernández (1667, AHN, SC, Libro 2786, f. 192v-93r), “sobre la muerte de Alonso Álvarez”. Aunque no se define explícitamente en *Autoridades*, para el dicho “Cuando el diablo reza, engañarte quiere”, usa la expresión “mala alma” como sinónimo a “dañada intención”. Esta expresión también está en los sermonarios y tratados teológicos, y hasta puede relacionarse con lo diabólico. Lucas Fernández de Ayala, en su *Historia de la perversa vida y horrenda muerte del Anticristo*, usa el término cuando comenta la generación de demonios a través de “semen hurtado” (91). Aunque parece no haber personajes llamados “Mala Alma” en la literatura, sí era común tildar de “demonio” a un valiente. En *El alcalde de Zalamea* (la versión de Lope), el escribano dice: “El Maese de campo es un demonio / y es medio renegado; si se enoja...” (1901, 577). En la comedia de valentón *El Tejedor de Segovia*, uno de los contrarios avisa: “Estad todos con cuidado, / que es demonio el Tejedor” (Ruiz de Alarcón 410).

EL DIABLO. Alias de Pedro Mostacho [¿Mostajo?], llamado “Pedro del Diablo” en el *Inventario*, “por haber acuchillado a su amo” (1640, AHN, SC, Libro 2786, f. 55v). En *El ruiseñor de Sevilla* de Lope, el criado gracioso regaña a su amo (Lisarda disfrazada de “Pedro”), quien es aun más travieso, preguntándole: “¿Pedro del diablo, en qué escuela / aprendiste la picardía?” (1913, 59). Aunque es probable que, en el caso de Lope, no se trate de un nombre en sí, también es posible que los rasgos maliciosos que se comentan una vez en la acción de la comedia fueran tan notables en el caso del encausado que llegaran a ser la base de un apodo.

LA MUERTE. Alias de Andrés Domínguez (1670, AHN, SC, Libro 2786, f. 234r), con varios otros, y la mayoría también con su propio alias, “por escalamientos y hurtos”. Si no se refiere a un apodo de valentón, tratará de “muerte” como esqueleto, y así cabe la posibilidad de que se refiera al aspecto físico de Andrés Domínguez. Al principio de la segunda jornada de *La fe pagada* de Ricardo de Turia, cuando del capitán Ludovico se enfrenta con el corsario moro Mumen, se jacta el enemigo a sus compadres: “Dejadme sólo con él; / haceos todos a una parte; / que si el es un fiero Marte, / yo soy la muerte cruel” (sin página). Cuando Tarudante y don Alfonso se enfrentan

en la tercera jornada de *El príncipe constante* de Calderón, el uno dice “Yo soy furia” y el otro responde “Yo soy muerte” (94).

ALIAS RELACIONADOS CON PROFESIONES

EL PASTELERO. Alias de Juan de Bustamante (1585, AHN, SC, Libro 2783, f. 49r-v) con cinco más, varios con alias y mencionados en este artículo, “por ladrones y muerte de un criado de un alguacil”. En caso de que no se refiriera a su oficio legítimo, se podría especular que el apodo aludiera a un uso metafórico particular de “pastel” señalado en el *Léxico del marginalismo*, a base de lo que había escrito Quevedo. Si los que apodaran al encausado compartieran el mismo sentido de humor que el satírico, podrían opinar igual que fuera o “el ladrón que atrae la mosca (el dinero) así como los pasteles” o “el que condenado por justicia a ser ahorcado era despedazado y su cuerpo arrojado por los caminos de las afueras de la ciudad, atrayendo, cuando estaba en descomposición, las moscas”. Si el tal Juan de Bustamante citado arriba era el asesino entre los seis encausados, entonces cabe que fuera extremadamente violento al blandir un arma blanca. Aunque es más probable que realmente fuera pastelero y nada más, sería poco provechoso hacer conexiones entre ese oficio, o cualquier otro, y lo criminal a través de las sátiras de la época, ya que era un tema trillado acusar a todos los que tenían negocios de engañar y estafar a sus clientes.

LA GANAPANA. Alias de María Pérez (1621, AHN, SC, Libro 2785, f. 155r-v), con cuatro más encausados “por amancebamientos y otros excesos”. Es difícil saber exactamente por qué a María Pérez se le había aplicado este apodo, si estaba amancebada con un ganapán o era muy trabajadora. Siempre recordando que se no se han de tomar las sátiras al pie de la letra, hay una que sugiere con ironía mordaz que ser ladrón era un puesto digno de contemplarse como oficio si uno se encontraba entre los de nivel social más bajo (García 141).

Por fin, cabe la posibilidad de que sus “excesos” tratasen de transportar bienes robados, o que su transporte era de tipo figurado en el sentido de que era alcahueta.

LA PASTORA. Alias de María de Robles (1632, AHN, SC, Libro 2786, f. 30v), encausada con cuatro personas más, incluso un tal Juan Solano, escribano, “por cuestión, y herida”. Hay por lo menos tres pastores encausados en el

Inventario, y así lo puede ser María de Robles también. Como los delitos eran “cuestión y herida” es posible que se refiera a un arma improvisada de palo que se menciona en dos jácaras (Hill, XXII, XXXII). El *Léxico del marginalismo* explica que “pastor” es “palo o vara aguzado en uno de los extremos y endurecido al fuego; [lo] utilizaban los presos de la cárcel en sus peleas”, y es posible que María de Robles tuviera fama de armarse así, o tal vez con garrote.

EL MÚSICO CAUTIVO. Alias de Don Carlos Henríquez (1663, AHN, SC, Libro 2786, f. 147), “sobre la muerte de Alonso Martínez”. Hay tantas referencias a “cuerdas” y “cantar” en la literatura rufianesca, que lo más probable es que el apellido venga de haber sufrido el encausado el tormento en la cárcel. Si no era él que sufrió, tal vez él fuera quien se lo hizo sufrir a otros, tal como dice la voz poética de un verdugo en una jácara (Hill, XCVIII): “Soy músico muy de veras, / pues con las cuerdas que traigo / hago a cualquiera cantar / si no tiples, contrabajos”.

ALIAS RELACIONADOS CON LA RELIGIÓN

Estos apodos podrían haberse incluido dentro de la previa categoría, pero por ser oficios que pertenecen a una institución particular y separada, se han puesto aparte.

FRAILE. Alias de Juan Sánchez (1618, AHN, SC, Libro 2785 f. 25v), con dos encausados más, “por muerte a Diego de Alfaro”. El *Inventario* cuenta por lo menos con un fraile ladrón, aunque puede ser difícil creer que alguien involucrado con la muerte también fuera religioso. Por otro lado, tampoco se debe pensar que el clero pudiera quedar completamente libre de un mundo violento. Según Gascón de Torquemada, un año anterior a la causa citada, “un clérigo de la Villa de Pinto, tres leguas desta Corte, mató a dos señoras principales que allí vivían, tía y sobrina, por robarlas ochocientos ducados que tenían” (60).

EL CLERIGUÍN. Alias de Antonio Pérez (1629, AHN, SC, Libro 2785, f. 421r), con cuatro otros encausados “por resistencia y heridas”. Si este “cleriguín” particular había recibido las órdenes sagradas, nunca lo sabremos, dado su nombre y apellido tan comunes que hacen imposible precisar quién fue.

SANTILLOS. Alias de Claudio de Santos (1653, AHN, SC, Libro 2786, f. 106r),

“por herido [*sic*]”. El apodo sin duda viene del apellido, pero se incluye como ejemplo de la ironía que se manifiesta tantas veces en estos alias. Parece que Claudio de Santos no era uno de ellos, y que los compañeros o cómplices se burlaban de este hecho.

ALIAS RELACIONADOS CON LA ROPA

CAPA VERDE. Alias de Juan Diego García (1594, AHN, SC, Libro 2783, f. 246r-v), y siete encausados más, por “ladrones y quebrantamiento de destierro”. En el *Inventario*, se acusa a algunos por capeamientos (robar capas) como abajo, y aunque esto no fue el caso aquí, es posible que el encausado se conociera por capeador. Es difícil encontrar referencias que conecten la capa verde con la vida airada en la literatura, pero un romance burlesco de Góngora menciona a un “alférez de Mentira” bastante hampesco que quiere “rendir la mozuela”, y “Pensó que la sujetara / el gavión de la liga, / y de la terciadas plumas / la crespa volatería; / y la capa verde obscura...” (Durán 521).

POCA ROPA. Alias de Gregorio Hernández (1626, AHN, SC, Libro 2785, f. 317r-v), con diez más encausados, por “hurtos y capeamientos”. Sobre este apodo ha escrito bastante Lobato en *Loas, entremeses y bailes de Agustín Moreto* en el contexto de una “máscara teatral” que llevaba un actor (2003, 502). En el caso de Gregorio Hernández, si era capeador y no actor, el apodo puede ser una referencia socarrona al hecho de que le “faltaba” la ropa de los demás y por eso se la robaba. Otra posibilidad es que alguna vez fuera condenado a galeras, ya que “ropa fuera” según *Autoridades* es “frase de mar que se usa en las galeras para avisar a los galeotes”.

LA DE LOS DIAMANTES. Alias de Ana Hernández (1628, AHN, SC, Libro 2785, f. 395r-v), con una docena más de encausados, “por ladrones”. Después de consultar los diccionarios y la literatura picaresca y rufanesca, no hay motivo para pensar que haya doble sentido o juego de palabras. Son tan llamativas estas joyas, especialmente en el Siglo de Oro, que deben ser la causa del apellido, especialmente cuando se trata de una ladrona.

ZARAGÜELLES. Alias de Francisco García (1667, AHN, SC, Libro 2786, f. 187v), encausado “por herida”. Lo único que se puede añadir es que puede ser apodo de burla, según los dos romances burlescos (uno de Góngora y otro

de Quevedo) citados por *Autoridades*. Los editores del diccionario explican: “Llaman ahora por burla a los calzones muy anchos, largos, y mal hechos”. Uno de los “gangsters” más conocidos en la literatura del Siglo de Oro llevaba zaragüelles. Es Monipodio de *Rinconete y Cortadillo*, con sus dos piernas sanas (Cervantes vol. 1, 211).

EL GOLILLA. Alias de un tal Juan, sin apellido (1667, AHN, SC, Libro 2786, f. 189r), con diez encausados más, “por alborotos y daños”. La causa es del año 1668, y por eso no es tan probable que el apodo se relacione con las premáticas impuestas por Felipe IV al principio de su reinado. Más probable es que en este caso se asociara con el vestido de pajes, criados u oficiales de rango menor que querían mostrar un nivel mínimo de estatus. *Autoridades* indica el insulto particular “golilla de piojoso” y aunque el diccionario mismo no cita una obra específica, se encuentra la expresión en *Los gigantones en Madrid de por fuera* de Francisco Santos, publicado en 1666 (363-64).

ALIAS RELACIONADOS CON LA NACIONALIDAD O LA ETNIA

EL PORTUGUÉS. Alias de Melchor Ruiz (1607, AHN, SC, Libro 2784, f. 64r), “sobre fabricar malos sombreros”. Hay una ley relacionada con sombrereros que se repite en las recopilaciones y es: “Que los sombrereros hagan limpiamente sus oficios, y no engrasen ni melecinen ningún sombrero...” (*Recopilación* 257). En *Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte*, de Antonio Liñán y Verdugo, se nombra a un fabricante de sombreros que bien puede ser el encausado arriba. Explica un “hombre honrado” que “aquí traigo un sombrero bueno y al uso, que no me le he puesto dos veces; es fino, porque le hice hacer aposta en casa del Portugués...”. Pero cuando el narrador se atreve a tocar el sombrero, descubre que todo era “de borra engomada y encolada, y la toquilla era de una calza vieja de aguja” (209-10).

EL GALLEGO. Alias de Antonio de la Cabeza (1625, AHN, SC, Libro 2785, f. 287r-v), de la misma causa que “Iglesia de San Eugenio” abajo. Como el linaje de “Cabeza de Vaca”, que debe relacionarse con el del encausado, es uno radicado en Fuentehoyuelo. Es posible que Antonio de la Cabeza ni fuera gallego, y que el apodo tratara de un motivo que jamás se sabrá (Gómez de Olea y Bustinza/Moreno Meyerhoff 90). Sería tentador pensar que el alias de “El Gallego” se inspirara en el valentón ficticio “Luis Pérez el Gallego” de la comedia de Calderón

de este mismo título; pero si se considera el año de la causa, entonces es anterior al estreno de la obra en 1628 y no puede haber una conexión (Buezo 123).

EL MORILLO. Alias de Juan Alonso (1625, AHN, SC, Libro 2785, f. 309r) con otro encausado “sobre hurto”. *Autoridades* ofrece la mejor explicación de este apodo: “El muchacho Moro. Dícese por desprecio de cualquier de ellos”. O era morisco Juan Alonso, o tendría un aspecto moreno para que fuera llamado así.

GITANO. Alias de Juan García (1625, AHN, SC, Libro 2785, f. 317r-v), de la misma causa que “Poca Ropa”, mencionado arriba. Los estereotipos de los gitanos abundaban en la época, algo recordado por *Autoridades* en cuanto al término “gitantería”: “Caricia y halago con astucia y artificio, para engañar a uno, y lograr de él lo que se pretende”. Si el encausado no era gitano, su astucia tal vez le diera el apodo gracias al estereotipo vigente. Impulsado por el prejuicio tan difundido, los autores y poetas de la época incluían a gitanos ladrones en sus obras con mucha frecuencia. Basta leer las primeras palabras de *La gitanilla* de Cervantes para ver un ejemplo clásico: “Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones” (vol. 2, 18).

EL GABACHILLO. Alias de Juan Blanco (1628, AHN, SC, Libro 2785, f. 380r), con otros dos encausados “por ladrones”. Como “Morillo”, es otro apodo despectivo. En un momento dado en la historia, el sentido original de gabacho era bastante específico. Como aclara *Autoridades*, significaba,

Soez, asqueroso, sucio, puerco y ruin. Es voz de desprecio con que se moteja a los naturales de los pueblos que están a faldas de los pireneos entre el río llamado Gaba, porque en ciertos tiempos del año vienen al Reino de Aragón, y otras partes, donde se ocupan y ejercitan en los ministerios más bajos y humildes.

La literatura picaresca del Siglo de Oro suele usar la palabra como se entiende en España hoy en día, para hablar despectivamente de los franceses. Al mismo tiempo, no hay que suponer que tal apodo siempre se usara con precisión, ya que Cotarelo explica que se puede aplicar a flamencos y a alemanes también (LXVIII). En su colección de teatro breve, el hispanista incluye el *Entremés famoso del gabacho*. En esta obra, el figurón con nombre de “Francés” más se parece al vizcaíno de *Don Quijote*, según se jacta usando un español muti-

lado: “Yo soy hijo de galgo” (186). En las jácaras, “gabacho” es metonimia de “Francia” que sin falta alude al “mal francés”, es decir la sífilis (Hill, LX).

LA TOLEDANA. Alias de María Flores (1628, AHN, SC, Libro 2785, f. 388r-v), con seis más encausados “por salteamiento, robo y heridas en el camino de las Rozas”. Toledo se figuraba como un lugar donde el hurto tal vez causara un posible conflicto de jurisdicción. El libro *Política para corregidores y señores de vasallos*, de Castillo Bovadilla, explica con detalle cómo se debe resolver (530). Así es posible que “La Toledana” fuera fugitiva, con hurtos “calificados y de importancia”, decidiera probar su fortuna con unos salteadores ubicados más al noroeste de la corte, y sin embargo no pudiera escapar a la justicia. No es detalle menor que se especifique que el bandido fue aprendido por delitos cometidos cerca de Las Rozas, dado que la situación no debía de haber cambiado mucho desde la época de Felipe II. Otra posibilidad, más sensacional, pero no del todo inverosímil, es que “La Toledana” misma era salteadora, una “valentona” al estilo de las mujeres varoniles de las comedias, y su apodo surgiera de blandir una espada toledana. Como el valentón César de la trilogía tirsiana *La Santa Juana* declara de un alguacil: “Prendióme por causa leve, / que apenas llegué a reñir, / sino a mostrar de mi espada / el toledano buril” (Molina 1945, 332). Como nuestra Toledana es encausada por “salteamiento, robo y heridas”, ¿por qué no puede la realidad imitar al arte?

LA SEVILLANA. Alias de Isabel (1660, AHN, SC, Libro 2786, f. 125r-v), con nueve más encausados (dos mujeres y siete hombres), “sobre las muertes de Matías de Olivar y Martín Vidarte”. Sevilla es sin duda el centro de toda el hampa en la España del Siglo de Oro, y no solo porque aparece así en la literatura, como *Rinconete y Cortadillo* o *El Buscón*, o cientos de obras más. Como explica Perry (1), esta “Gran Babilonia de España” era tan conocida por el crimen como por el comercio del puerto. Si no era de Sevilla, es todavía posible que esta Isabel citada arriba afectara un estilo sevillano, en indumentaria y actitud, como lo hace el sujeto de uno de los romances de Francisco Rodríguez Lobo: “Vestirás mis galas / a la picaresca / y a la sevillana / qué linda que irás / con mis medias blancas” (715).

FRANCIA. Alias de Juan García (1667, AHN, SC, Libro 2786, f. 189r), de la misma causa de “El Golilla” arriba. Se ha de suponer que “Francia” como apodo puede tener los mismos orígenes que “Gabachillo” arriba.

ALIAS DE “IGLESIA”

De ahí el título de este estudio. Según *Autoridades*, la frase exacta “Iglesia me llamo” es “frase que usan los delincuentes, cuando no quieren decir su nombre, y con que dan a entender que tienen Iglesia, o que están asegurados con ella”. Usando el plano municipal de Teixeira 1656, y unos callejeros del siglo XIX temprano, se puede trazar un óvalo algo plano y deformado que rodea la plaza mayor, lo cual sugiere de que ningún barrio específico se destacó por completo como lugar delictivo.

IGLESIA DE LA MERCED. Alias de Juan de Navas (AHN, SC, Libro 2784, f. 143r), que junto con Isabel Rodríguez fue encausado “por hurto”. Con nombrar a esta iglesia puede haber una ironía verbal digna de cualquier jácara. En la comedia *La celosa de sí misma*, un personaje quiere devolver un bolsillo a una dama pensando que de ella fue robada. Ella responde desdeñosa que no es suya, y explica,

Si atrevimientos ladrones
la causa dese hurto han sido
y no hay señor conocido,
a la Merced le llevad,
o si no a la Trinidad,
que recogen lo perdido. (Molina 1850, 131)

Entonces no es difícil pensar que el encausado real arriba se podía excusar con decir a las autoridades que iba a devolver lo robado.

IGLESIA DE SAN MARTÍN. Alias de Francisco Hernández (AHN, SC, Libro 2784, f. 229r), con tres otros encausados “sobre hurto y escalamiento de casa”. Herrero García señala que además de ser cárcel ocasional para caballeros principales, “otras veces el monasterio ofrecía sus celdas a personas de alcurnia que se retraían de la justicia por algún delito” (340). En este alias también hay lugar para una socarronería. El “vocabulario” de *Romances de germanía* de Juan Hidalgo explica: “De San Martín el dormido, cuando alguno duerme, y lo roban, o matan” (Hill 112). Si el encausado y sus compañeros escalaban de noche, “San Martín” vendrá completamente al caso.

IGLESIA MAYOR. Alias de Bartolomé de Moya (AHN, SC, Libro 2785, f. 5r-9r), que estaba involucrado con un grupo de más de cincuenta encausados,

todos vecinos de la ciudad de Cuenca, y otros lugares de su jurisdicción: sobre muertes a Pedro González, y otros, contravenir a las Reales Pragmáticas, estafas, y otros varios y graves excesos: esta causa se llama la de Cuenca y entendió en ella por comisión al Consejo el señor alcalde don Sebastián de Carvajal ante Juan González Truxeque, escribano de cámara de la Sala.

Habría más que un Bartolomé de Moya en el país, pero vale notarse que uno era actor en la compañía de Diego López de Alcaraz 1603-1604 y la causa es de 1618 (Rennert 533). Por otro lado, en la provincia de Cuenca hay cerca de Garaballa una iglesia de “San Bartolomé de Moya”, ahora en ruinas. Dado que esta causa es “la de Cuenca”, tal vez el encausado tuviera apodos de iglesia dobles para completamente ocultar su identidad (Sánchez Ferrer 216). Una nota sobre los oficiales nombrados en esta causa: como escribano, Juan González Truxeque aparece en unos momentos destacados para estudiosos de la literatura y de la historia criminal en España. Es él quien notifica la sentencia de muerte por lesa majestad de Miguel de Molina en 1641 (Tomás y Valiente 274) y recibe un poder de Quevedo para comprar casa en Madrid en 1621 (Pérez Pastor 459). También tenemos noticia del alcalde de corte Sebastián de Carvajal, si bien más por las tragedias ocurridas en su familia (Gascón de Torquemada 225, 247).

IGLESIA DE SAN GIL. Alias de “Miguel de Soto” (AHN, SC, Libro 2785, f. 230r) “por heridas”. No se ha podido averiguar por qué se eligió este alias. Lo único cierto es que esta iglesia estaba muy cerca de la plaza de palacio, lugar de reunión durante varias fiestas reales. En *Guzmán de Alfarache*, el narrador menciona los bodegones de San Gil en Madrid, y así es posible que las heridas de esta causa ocurrieran durante la hora de comer en ese barrio (Alemán 186).

IGLESIA DE SAN EUGENIO. Alias de Zebrián del Castillo (AHN, SC, Libro 2785, f. 287r-v), junto con cuatro más “vecinos de Getafe” incluso “El Gallego” (ver arriba), encausados “por heridas”. En Madrid no había iglesia de San Eugenio, y así debe ser la de Getafe a que se refiere, indicando que el encausado fue prendido allí.

IGLESIA DE SAN JORGE. Alias de Jusepe de Anero (AHN, SC, Libro 2785, f. 370r) que, junto con Francisco de Mendoza, fue encausado “sobre la muerte de Tomás de Negrodo”. Esta iglesia se destaca de las demás porque pertenecía al seminario de los ingleses, aunque no hay nada en la entrada de la causa que indique que hubiera una conexión entre los prendidos e Inglaterra. Tal vez pensaban los prendidos que los padres jesuitas extranjeros, doce provenientes de San Omer en Flandes, honrarían el sagrado más que unos más acostumbrados a las transgresiones diarias de la corte. El nombre “Jusepe” tampoco es el más castellano, y se puede especular que tal vez el encausado fuera italiano que buscara socorro de un posible compatriota, en este caso el fundador César Bogacio, aunque es imposible comprobar esta suposición (Quintana, vol. 2, f. 436v).

IGLESIA DE LA LATINA. Alias de Francisco de Soto (AHN, SC, Libro 2785, f. 387r), que junto con Alberto de Mar, fue encausado “por resistencia en casa del Embajador de Venecia, y otros excesos”. Ocurrió en 1628, cuando Alvise Mocenigo era embajador, y de él tenemos bastantes cartas e informes, siendo los que se citan más sobre el Conde-Duque de Olivares. Aun así, entre todos los textos impresos escrutados para hacer este estudio, no se han encontrado detalles sobre la causa. Es posible, si existen, que estén en las cartas ubicadas en los archivos estatales en Venecia. En 1627, un cronista escribe que el predecesor “murió con opinión de santo” pero casi treinta años más tarde con otro embajador la situación había cambiado y “encorrozaron a la Margaritona, la famosa alcahueta que prendieron a las Siete Chimeneas, al abrigo del Embajador de Venecia” (González Palencia 156; Barrionuevo vol. 1, 281). Tal vez la causa de 1628 fuera el principio de una tradición nueva y escandalosa. Ocho años después de la causa un tal Francisco Soto vivía como zapatero con casa en la Plazuela de los Herradores, relativamente alejado de la Latina, pero no se puede averiguar si es el mismo de la causa (MacKay 55). Es importante recordar que “la Latina” era el nombre que se usaba para designar el hospital de Nuestra Señora de la Concepción en Madrid, y es posible que los encausados fueran allí para sanarse las heridas.

IGLESIA DE SAN FELIPE. Alias de Gabriel Ángel (1631, AHN, SC, Libro 2786, f. 2r), encausado “por heridas”. Las “gradas” o “covachuelas” de San Felipe tenían fama de ser el gran “mentidero” de la corte, donde todos reunían para chismear y contar noticias. No es de sorprender que hubiera altercados vio-

lentos entre una agrupación tan grande y animada de gente. Para ver que tocante a este tema no se exagera mucho, basta un ejemplo de *Día y noche en Madrid*, en el cual un soldado es cuestionado por otro del público que le escucha cuando el primero cuenta noticias dudables de la guerra. La discusión llega a ser pendencia: “Enojáronse, y púsoles en paz un hombre de madura edad, con su espada en el lado y en las manos una muleta, y el vestido harto trabajoso” (730).

IGLESIA DE SAN GINÉS. Alias de Francisco de Huelma (1632, AHN, SC, Libro 2786, f. 20r-v), que junto con dos más fue encausado “por hurto”. Dados los muchos juegos de palabras que puedan involucrar estos apodos, es posible que “San Ginés” se refiera por metonimia al “lagarto de San Ginés”, un caimán disecado que estaba montado cerca de unos de los altares de la iglesia. No sería la última vez que se empleara este chiste. Dice el gracioso Motril sobre su amo don Íñigo, en la comedia de *Yo por vos, y vos por otro*, que “es tan caimán, Señora, que el lagarto / de San Ginés le hereda, a falta de hijos” (Moreto 1950, 377). “Caimán” en términos metafóricos significa “el hombre astuto y bellaco, que con sus mañas consigue cuanto intenta”. Esto según *Autoridades*, que también explica un sentido adicional de lagarto: “taimado, pícaro y reservado”. Por fin, el “vocabulario” hampesco de Hidalgo, incluido en la edición de Hill, nos dice que en el hampa “lagarto” es “ladrón del campo, o que se muda de muchos colores el vestido para que lo desconozcan” (116). Si el encausado fuera bien conceptista, al nivel de Quevedo digamos, tal vez habría tenido la arrogancia de citar una iglesia que aludiera burlescamente a su modo de robar.

Una edición completa del *Inventario general de causas criminales* sería de valor incalculable para historiadores y estudiosos literarios, pero hasta que alguien decida encargarse de un trabajo tan monumental los documentos se tendrán que examinar de manera parcial. Como solución intermedia, digitalizar la versión microfilmada del *Inventario* permitiría a más investigadores formar sus propios análisis del contenido como lo han hecho de manera magistral estudiosos como Villalba Pérez y Alloza. Se espera que el presente trabajo sirva para animar a otros a indagar este tesoro de datos, los cuales solo hemos empezado a examinar.

OBRAS CITADAS

- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. Benito Brancaforte. Madrid: Akal, 1996.
- Alloza, Ángel. *La vara quebrada de la justicia: un estudio histórico sobre la delincuencia madrileña entre los siglos XVI y XVII*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2000.
- Arellano, Ignacio, ed. *Comedias burlescas del Siglo de Oro*. Vol. 5. Frankfurt am Main: Vervuert, 2004.
- Autos sacramentales y al nacimiento de Christo: con sus loas y entremeses*. Madrid: Antonio Francisco de Zafra, 1675.
- Barrionuevo, Jerónimo de. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*. Ed. Antonio Paz y Melia. 2 vols. Madrid: Atlas, 1968-1969.
- Buezo, Catalina. “‘Luis Pérez el gallego’ de Pedro Calderón de la Barca: cuestiones de género en una pieza temprana”. *El siglo de Oro en escena: homenaje a Marc Vitse*. Eds. Marc Vitse, Odette Gorsse y Frédéric Serralta. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 2006. 123-32.
- Calderón de la Barca, Pedro. *El príncipe constante*. Ed. Alberto Porqueras Mayo. Madrid: Espasa-Calpe, 1975.
- Castillo de Bovadilla (Licenciado). *Política para corregidores y señores de vasallos*. Barcelona: Gerónimo Margarit, 1616.
- Castro, Américo. “El gato y el ladrón en el léxico de Quevedo”. *Archivio glottologico Italiano* 1 (1926): 140-42.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Novelas ejemplares*. Ed. Harry Sieber. 2 vols. Madrid: Cátedra, 1980.
- Covarrubias Orozco, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Eds. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, 2006.
- Cotarelo y Mori, Emiliano. *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del siglo XVIII*. NBAE 17. Madrid: Bailly-Baillière, 1911.
- Durán, Agustín, ed. *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*. Vol. 2. Madrid: Ribadeneyra, 1851.
- Fernández de Ayala, Lucas. *Historia de la perversa vida y horrenda muerte del Anticristo*. Madrid: Francisco García, 1649.
- Galván, Luis. “El motivo del uxoricidio en la comedia española del Siglo de

- Oro: derecho, poder, y función de la literatura”. *Romanische Forschungen* 127.4 (2015): 482-512.
- García, Carlos. *La desordenada codicia de los bienes ajenos*. Ed. Giulio Massano. Madrid: J. Porrúa Turanzas, 1977.
- Gascón de Torquemada, Gerónimo. *Gaceta y nuevas de la Corte de España desde el año 1600 en adelante*. Madrid: RAMHG, 1991.
- Gómez de Olea y Bustinza, Javier, y Pedro Moreno Meyerhoff. “Los señores y marqueses de Fuentehoyuelo”. *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía VI (2000-2001)*. Madrid: La Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2003. 87-154.
- González Palencia, Ángel. *Noticias de Madrid*. Madrid: Artes Gráficas Municipales, 1942.
- Hernández Alonso, César, y Beatriz Sanz Alonso. *Alemania y sociedad en los Siglos de Oro: la cárcel de Sevilla*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1999.
- Herrero García, Miguel. *Madrid en el teatro*. Madrid: CSIC, 1963.
- Hidalgo, Gaspar Lucas. *Diálogos de apacible entretenimiento*. Eds. Julio Alonso Asenjo y Abraham Madroñal. Valencia: Universitat de València, 2010.
- Hill, John M., ed. *Poesías germanescas*. Bloomington: Indiana UP, 1945.
- Hook, David. “The Genesis of the Auto de Traso”. *Journal of Hispanic Philology* 3.2 (1979): 107-20.
- Liñán y Verdugo, Antonio. *Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte*. Ed. Edisons Simons. Madrid: Editora Nacional, 1980.
- MacKay, Ruth. “*Lazy, Improvident People*”: *Myth and Reality in the Writing of Spanish History*. Ithaca: Cornell UP, 2006.
- Matute y Gaviria, Justino. *Noticias relativas á la historia de Sevilla que no constan en sus anales*. Sevilla: E. Rasco, 1886.
- Molina, Tirso de. *Comedias escogidas*. Madrid: M. Rivadeneyra, 1850.
- Molina, Tirso de. *La Santa Juana: trilogía hagiográfica, 1613-1614*. Madrid: Castalia, 1945.
- Moreto, Agustín. *Comedias escogidas*. Ed. L. Fernández-Guerra. Madrid: Atlas, 1950.
- Moreto, Agustín. *Loas, entremeses y bailes de Agustín Moreto*. Ed. María Luisa Lobato. Kassel: Reichenberger, 2003.
- Padilla Manrique y Acuña, Luisa Maria de (Condesa de Aranda). *Idea de nobles y sus desempeños en aforismos*. Zaragoza: Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1644.

- Pérez de Guzmán, Juan. "De la criminalidad en Castilla, cabeza de España, y del estado de las costumbres sociales en Madrid, su corte, durante el reino de Felipe II". *España moderna* 11.122 (feb. 1899): 85-109; 11.124 (abr. 1899): 14-34; 11.129 (sep. 1899): 83-103.
- Pérez de Herrera, Cristóbal. *Discursos del amparo de los legítimos pobres, y deducción de los fingidos*. Madrid: Luis Sánchez, 1598.
- Pérez Pastor, Cristóbal. *Bibliografía madrileña: o Descripción de las obras impresas en Madrid*. Madrid: Revista de Archivos, 1907.
- Perry, Mary Elizabeth. *Crime and Society in Early Modern Time*. Hanover, N.H.: UP of New England, 1980.
- Quevedo, Francisco de. *La vida del buscón llamado don Pablos*. Madrid: Cátedra, 1987.
- Quevedo, Francisco de. *Poesía selecta*. Ed. L. Schwartz Lerner e Ignacio Arellano. Barcelona: PPU, 1989.
- Quintana, Jerónimo de. *A la muy antigua noble y coronada villa de Madrid*. 2 vols. Madrid: Imprenta Real, 1629.
- Real Academia Española. *Diccionario de Autoridades*. 6 vols. Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro/Imprenta de la RAE, 1726-1739. 23 de febrero de 2016. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtll>>.
- Recopilacion de las leyes destos reynos hecha por mandado de la Magestad Catolica del rey don Felipe Segundo Nuestro Señor, que se ha mandado imprimir, con las leyes que despues de la ultima impression se han publicado*. Vol. 2. Madrid: Catalina de Barrio Angulo y Diego Diaz de la Carrera, 1640.
- Rennert, Hugo Albert. *The Spanish Stage in the Time of Lope de Vega*. New York: The Hispanic Society of America, 1909.
- Rodriguez Lobo, Francisco. *Obras politicas, moraes, et metricas*. Lisboa Oriental: Ferreyriana, 1723.
- Rojas, Fernando de. *Tragicomedia de Calixto y Melibea: libro también llamado La Celestina*. Eds. M. Criado de Val y C. D. Trotter. Madrid: CSIC, 1984.
- Rojas Zorrilla, Francisco de. *Comedias escogidas*. Ed. Ramón de Mesonero Romanos. Madrid: Atlas, 1952.
- Ruiz de Alarcón, Juan. *Comedias*. Madrid: M. Rivadeneyra, 1852.
- Saldaña, Quintiliano. "La criminología de *El Quijote* (notas para su estudio)". *Revue hispanique* 68 (1926): 552-81.
- Sánchez Ferrer, José, y otros. *Guía para visitar los santuarios marianos de Castilla-La Mancha*. Madrid: Encuentro, 1995.

- Santos, Francisco. *Los gigantones en Madrid de por fuera*. Madrid: Pablo del Val, 1666.
- Santos, Francisco. *Día y noche de Madrid*. Ed. Enrique Suárez Figaredo. *Lemir* 14 (2010): 629-796.
- Tomás y Valiente, Francisco. *El derecho penal de la monarquía absoluta: siglos XVI-XVII-XVIII*. Madrid: Tecnos, 1969.
- Turia, Ricardo de. "La fe pagada". *Comedias de autores valencianos, II*. Valencia: Felipe Mey, 1616.
- Vega, Lope de. *Obras*. Vol. 12. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1901.
- Vega, Lope de. *Obras*. Vol. 15. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1913.
- Venio, Otto. *Theatro moral de toda la philosophia de los antiguos y modernos*. Bruselas: Francisco Foppens, 1669.
- Vignau y Ballester, Vicente. "Discurso". *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*. Madrid: Viuda e hijos de Tello, 1898. 5-38.
- Villalba Pérez, Enrique. *¿Pecadoras o delincuentes?: delito y género en la Corte (1580-1630)*. Madrid: Calambur, 2004.